

estudió para morirse de hambre, que ha visto fracasadas por falta de ambiente todas sus iniciativas, y tal vez piensa en el suicidio.

Y todos, sin distinción de razas y clases, ignorantes ó intelectuales, fuertes ó humildes, al conjuro de este nombre ven alzarse en el último término del paisaje de su fantasía, bañada por la luz verde de la esperanza, una mujer majestuosa, pero de esbeltez juvenil, sin la pesadez imponente de la matrona; una mujer blanca y azul como las vírgenes soñadas por Murillo, con el purpúreo tocado, signo de libertad, sobre la suelta cabellera; una mujer que sonríe abriendo en cruz los brazos amorosos y deja caer desde su altura de montaña palabras que revolotean como pétalos de rosa y mariposas de oro.

— Venid á mí, los que tenéis hambre de pan y sed de libertad. Venid á mí, los que llegasteis tarde á un mundo demasiado repleto. Mi hogar es grande; mi casa no la construyó el egoísmo. Está abierta á todas las razas de la tierra, á todos los hombres de buena voluntad.

* * *

El buque sigue avanzando. Cambia el cielo y cambia el mar. Hay días en que el férreo vaso cabecea con mayor violencia sobre las olas y la muchedumbre aparece menos espesa, con grandes claros. Los que se sienten heridos por el mal del mareo, ocúltanse en las profundidades del buque. Otros permanecen tendidos al aire libre, pálidos, inmóviles como cadáveres después de una catástrofe. Ya no suenan músicas: una tristeza gris parece gravitar sobre la cubierta, rociada de vez en cuando por el polvo acuoso de las olas, que chocan contra los flancos de la nave, levantando una cortina de espumas. Los habituados al viaje, que llevan á prevención como supremo lujo un asiento de tijera ó una silla de lona, permanecen sentados, fuman y miran al mar con aire de conoedores, insensibles á la general molestia que parece enseñorearse del buque.

El aclaramiento de la masa emigrante deja visibles ciertas figuras que pasaron inadvertidas en el momento del embarque. Aparecen sombreros femeniles adornados con flores; vestidos que delatan en su triste vejez un pasado de prosperidad; mujeres de fino rostro y manos deformadas por las faenas que impone la pobreza. Son institutrices sin suerte, dependientas de comercio, ó esposas de hombres arruinados que ansían crearse una existencia nueva en las aventuras de la colonización. Algunos jóvenes de traje raído, escrupulosamente cepillado, con alto cuello y vistosa corbata, adornos que constituyen el único lujo de los señoritos pobres, miran el mar con las manos en los bolsillos y entornan los ojos como si soñasen. Son futuros dependientes de una casa comercial en Buenos Aires ó Rosario; alemanes que sirven para todo, y lo mismo llevan el libro mayor que barren la tienda, dúctiles, sumisos y tenaces, intentando desalojar á todas las razas con una temible concurrencia; españoles en quienes resucita el atávico aventurerismo de la raza, y que van al Nuevo Mundo á conquistar una fortuna con el lápiz detrás de la oreja, como fueron sus ascendientes con la espada al cinto; italianos, franceses y belgas, futuros contra maestros de fábricas; ingleses, que acabarán en mayordomos de estancias; una juventud animosa, procedente de la masa obrera y elevada por la educación, ó venida abajo á causa de reveses de familia.

Tendidos en los rincones, é impasibles para lo que les rodea, con una indiferencia de orientales, hay hombres cuyo aspecto delata un pasado novelesco. Son aventureros de facciones enérgicas y macilentas, que revelan á la vez audacia y vicio. Su aspecto es mísero, y sin embargo, se adivina en ellos costumbres de higiene que son á modo de restos de una antigua existencia honorable. Su traje es casi de andrajos; pero perdura en sus maneras, en sus gestos,

hasta en sus palabras, algo que recuerda un pasado glorioso; algo semejante á los pedazos de rico artesanado, á los fragmentos de papel de oro adheridos todavía á la pared, que aparecen entre los escombros de un palacio en demolición. Los más de ellos llevan en sus mejillas lívidas, en sus ojos saltones y fieros, la huella del olvido por el alcoholismo. Marcharon á los Estados Unidos y se sintieron arrastrados de nuevo por la manía ambulatoria. Han sido después pastores en las praderas de Australia, vagabundos de sus grandes ciudades, y como no hay guerra en ningún rincón del globo y ellos desertaron de todas las legiones extranjeras, no saben qué hacer y marchan á la Argentina en busca de vida libre, sin perjuicio de trasladarse al poco



Buenos Aires: desembarcadero en el puerto

tiempo á cualquiera colonia de Africa. Serán caminantes vagabundos por las inmensas llanuras argentinas; alcanzarán el título de *atorrantes*, yendo de una parte á otra sin saber con certeza adónde dirigen sus pasos y qué es lo que buscan; tal vez se detengan en alguna parte, como el tronco arrastrado por el río cuando tropieza con los hierbajos de la orilla y queda pegado á ella; tal vez sean peones de una estancia, atraídos por la ruda voluptuosidad de galopar y galopar en la llanura sin límites, y un día, por una carta vieja que se les caiga del bolsillo, por un encuentro inesperado, por una denuncia, sepan sus compañeros de vida campestre que el *gringo* misterioso fué en su país barón y capitán de la guardia imperial, obligado á huir por una aventura terminada en sangre; ó un aristócrata expulsado de los clubs y borrado de todas las listas por tremendas indelicadezas; ó un diputado elocuente que tuvo su hora de celebridad seguida de muerte moral por culpa del dinero.

¡Qué de novelas misteriosas ocultas tras las frentes ceñudas y los ojos fieros de estos ex-hombres, condenados á eterno vagabundaje, que ven en la juventud de la Argentina el único refugio de la tierra! ¡Qué de esperanzas en las miradas de la juventud pobre y honesta, que hace esfuerzos por conservar un continente digno, dentro de su penuria! . . .

El buque sigue avanzando. El mar azul toma una transparencia de esmeralda. Las aguas

están tranquilas, rizadas apenas por la brisa, como las de un lago. Las hélices, al remover las profundidades infinitas, parecen extraer del fondo una luz verde, que es como el sol de un mundo de misterios. Los días son más largos; nuevas estrellas suben cada noche por la curva del cielo para mirarse en el mar como temblones insectos de luz; el calor aumenta; las mantas y cobertores se arrollan en las cubiertas donde acampa la emigración; la muchedumbre va despechugada ó sobria de faldas, y los baldes de agua circulan de mano en mano. El sol aparece por las mañanas en la línea del horizonte más grande, más encendido, más veloz que en el mundo viejo. El amanecer no es lento y suave como en Europa; es un cañonazo de luz que sólo dura un momento y lo conmueve todo. El rojo é inmenso proyectil surge como una detonación del fondo de las aguas, se despega de éstas con rudo impulso, é invade el espacio, sin preparación, sin gradaciones, bárbaramente, poblando el cielo de deslumbrantes rayos y las aguas de peces de fuego.

La gente busca el refugio de los toldos. Luego, al atardecer, son las puestas de sol, rápidas y teatrales, en la línea del horizonte, tras la cual parece adivinarse la presencia invisible de un mundo nuevo y ansiado, de la tierra americana: puestas de sol de un rojo denso en las que las nubes fingen los diversos términos de un escenario inundado de oro, verdaderas apoteosis de último acto de comedia de magia, derroches de fantasía celeste que sólo duran unos instantes y se apagan, cediendo el paso á un crepúsculo rápido. De noche, brillan las aguas con una suavidad fosforescente y blanquecina, como si la nave bogase sobre un mar de leche luminosa. Los vellones de espuma levantados por la proa, parpadean lo mismo que si aprisionasen millares de luciérnagas.

La calma tropical ha devuelto su alegría al rebaño humano. Otra vez suenan músicas y cantos como en los primeros días de navegación. Se habla de las regocijadas ceremonias del paso de la línea. Se averigua quiénes son los que cruzan por primera vez el Ecuador, para someterlos al grotesco bautizo. La fiesta carnavalesca disipa la monotonía del viaje.

Algunas mañanas revolotean gaviotas enormes alrededor de los mástiles, ó se agrupan en espiral sobre la popa para arrojarlos voraces en la estela del buque, buscando y picoteando los

residuos de la cocina. Son emisarias de la tierra. Nadie la ve; está muy lejos, tal vez leguas y leguas más allá del horizonte; pero todos experimentan un consuelo ante estas aves que traen la seguridad y el recuerdo de que la tierra existe, la certeza de que no van á estar los peregrinos hasta el fin de sus días encerrados en una arca gigantesca, sin otra realidad que el agua y el cielo. Los habituados á navegar van señalando la invisible tierra como



PUERTO MADERO: DÁRSENA DEL NORTE

si tuvieran el don de entender los chillidos de las gaviotas. «¡Madera!» «¡Las Canarias!» Después es Cabo Verde; más tarde el solitario islote de San Pablo, olvidado por la Naturaleza en mitad del Océano, bajo la línea ecuatorial, asilo de tiburones, guijarro perdido en mitad de la inmensa calle atlántica que tiene por aceras África y América.

Durante varios días, la atmósfera permanece solitaria: ni un aleteo, ni un chillido. Luego, una mañana, un pájaro sigue al buque, volando á ras del agua, entre los peces-mariposas que surgen de las ondulaciones azules, agitan sus alas de gasa algunos segundos y desaparecen.



EL CAMPO ARGENTINO

Los maestros de la multitud señalan al vagabundo que viene á su encuentro envuelto en volador plumaje. Es América: están cerca de las costas del Brasil; las siguen sin verlas. Algunos pasajeros aspiran el viento ansiosamente, como si esperasen encontrar en la aérea bocanada algo del Nuevo Mundo. Á través de las emanaciones salinas, su olfato, perturbado por la imaginación, cree husmear perfumes de cacao, canela y vainilla, incienso de flores exóticas, la respiración de una selva virgen é inmensa, todo cuanto sugiere á los sentidos la lectura de lejanos viajes por tierras de misterio.

La banda de música del trasatlántico baja algunas mañanas á dar un concierto en la cubierta, ocupada por los emigrantes. La proximidad de una tierra que no se ve, parece embriagar al gentío. Hasta las mujeres, casi siempre tristes y enfurruñadas por los enjambres de pequeños que las rodean, sonríen y acompañan el ritmo de la música con movimientos de cabeza.

Las noches son plácidas y tibias. Los emigrantes huyen de los profundos sollados de

densa penumbra y duermen sobre cubierta, bajo la eléctrica luz de las lamparillas, tapándose el rostro con las manos.

Cuando yo iba á la Argentina contemplaba algunas noches, desde la baranda del café del trasatlántico, la muchedumbre que estaba abajo, entregada al sueño, ó conversando con apagadas voces. A mi lado se acodaba un rico compatriota, un comerciante español, uno de esos «capitanes de industria» que al fin toman el retiro, no por agotamiento de energías, sino porque el exceso de riquezas y de éxitos los saca forzosamente del campo de batalla del negocio; un vasco honrado y francote, de una firmeza inflexible en sus ideas y en sus tratos.

Conservaba en Buenos Aires un gran establecimiento industrial, regentado por sus socios;



VISTA GENERAL DEL HOTEL DE EMIGRANTES

poseía en la Pampa y en varias provincias muchas leguas de tierra dirigidas por mayordomos, y él vivía en París, volviendo cada dos años á América para echar un vistazo á los bienes y mantener relaciones con el país de su fortuna.

Su esposa, digna matrona argentina, pasaba los días sentada en un sillón leyendo al través de los «impertinentes» de oro. Las galerías del castillo central resonaban bajo el correteo de no sé cuántos niños rubios, hijos suyos, de diferentes alturas y dimensiones, que al alinearse parecían semejantes á la tubería de un órgano; todos ellos guardados y protegidos por doncellas francesas. Por entre sus hermanos pequeños discurría, con la púdica reserva de una señorita en estado de merecer, la hija mayor, escoltada por una institutriz inglesa. Y toda esta prole, producto de una virtud sin otras distracciones que las del trabajo, á pesar de ser tan numerosa tenía asegurado el bienestar futuro con lo enorme de la fortuna paterna. Casa en los Campos Elíseos, numerosa servidumbre, amplia y costosa educación para los hijos, habitaciones guardadas en el mejor hotel de Buenos Aires: todo esto representaba la vida del buen vasco.

Yo, que sólo tenía en el buque un simple camarote, sentíame como humillado al lado de este compatriota que ocupaba un departamento de lujo, con salón de visitas, cuartos de baño especiales, dormitorios de familia y dependencias para la domesticidad. Movilizar su familia en París, llevarla á América por unos meses y volverla á Europa sin perder un solo momento

las comodidades de la casa, suponía el gasto de una verdadera fortuna. El buen vasco realizaba estos viajes costosos sin darles importancia, y en su faz sonrosada de rubio fuerte, sin una arruga, con sólo algunas canas en la barba, delatábase la tranquilidad del que marcha bien en sus negocios, del que sólo gasta lo preciso para la vida y espera que el ahorro amontone sobre su fortuna nuevas paletadas de riqueza al final del año. ¡Los millones que guardaría aquel compatriota, carilleno, sonriente, de una frescura infantil en plena madurez, paseando por la cubierta con las manos atrás, como años y años había paseado por las dependencias de su gran tienda de Buenos Aires! . . .

Un vaho de carne sudorosa, apretada y soñolienta, subía hasta nosotros. Yo lamentaba esta miseria, pensando egoístamente en la fresca soledad de mi camarote.



PAISAJE ARGENTINO

— Sí: van mal — dijo el vasco. — Pero, ¡qué diantrel, así se empieza. Peor vine yo. ¡Si usted me hubiese visto hace treinta y cinco años! . . . Ahora los emigrantes llegan á Buenos Aires con sólo quince días de navegación, en los mismos barcos que los ricos, y les dan carne en todas las comidas, cosa que los más de ellos sólo conocen en su tierra de tarde en tarde. Los gobiernos obligan á las compañías á que compren reses en pie para que la carne sea fresca, y hasta en los puertos de España embarca un médico español encargado de atenderles. Mis tiempos fueron los duros. Yo he venido á América en buque de vela, lo mismo que Colón, lo mismo que los conquistadores.

Y relataba el viaje penoso, heroico, de verdadera aventura, treinta y cinco años antes. La salida de la casería vasca á los diez y ocho años con otros mozos, la boína sobre la frente, el garrote al hombro, y pendiente de él un pequeño lío de ropa envuelto en un pañuelo. Iban á Bayona para embarcar en un bergantín con rumbo á Buenos Aires. La espera en el puerto francés y el precio del pasaje consumían hasta la última peseta. Luego era la navegación; una navegación de dos meses, con desesperantes calmas y tempestuosos vendavales que arrastraban el mísero cascarón de un lado á otro del Océano; la vida dura sobre cubierta, sin otro